



**HAL**  
open science

# Para una historia comparada de las literaturas de América

Dalia Peña Trujillo

► **To cite this version:**

Dalia Peña Trujillo. Para una historia comparada de las literaturas de América. XV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Nov 2012, Madrid, España. pp.1046-1053. halshs-00876310

**HAL Id: halshs-00876310**

**<https://shs.hal.science/halshs-00876310>**

Submitted on 24 Oct 2013

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Actas  
Congreso  
Internacional  
América  
Latina:  
La autonomía  
de una región

XV Encuentro de  
Latinoamericanistas  
Españoles

Actas del Congreso Internacional “América Latina: La autonomía de una región”, organizado por el Consejo Español de Estudios Iberoamericanos (CEEIB) y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid (UCM), celebrado en Madrid el 29 y 30 de noviembre de 2012.

Editores:

Heriberto Cairo Carou, Almudena Cabezas González, Tomás Mallo Gutiérrez, Esther del Campo García y José Carpio Martín.

© Los autores, 2012

Diseño de portada: [tehura@tehura.es](mailto:tehura@tehura.es)  
Maquetación: Darío Barboza  
Realización editorial: Trama editorial  
[trama@tramaeditorial.es](mailto:trama@tramaeditorial.es)  
[www.tramaeditorial.es](http://www.tramaeditorial.es)  
ISBN-e: 978-84-92755-88-2

# PARA UNA HISTORIA COMPARADA DE LAS LITERATURAS DE AMÉRICA

Dalia Peña Trujillo<sup>1</sup>

Asomarse a la realidad de Hispanoamérica, en el contexto de una autonomía regional, específicamente en las exposiciones del cuento, con más precisión de los años cincuenta e hilando más delgado, con los mitos a partir de la mexicanidad, es pisar con mucho cuidado para que el terreno no resulte resbaladizo.

La atalaya panameña, donde se ha situado el lente de mis observaciones, cambia las perspectivas en la visión acerca de Hispanoamérica puesto que se parte de algunas realidades: si hay un país en el continente americano, autónomo con respecto al resto de América, ese es Panamá. Esto desde el ángulo donde la mirada se sitúa: histórica, geográfica y culturalmente hablando. Panamá no es sur ni centro en ninguna forma. En el aspecto cultural es probable que tenga explicación y se comprenda la razón del puesto marginal de la literatura, por qué los escritores panameños son casi unos desconocidos, aunque traten temas y manejen procedimientos de trabajo que en nada desmeritan lo que se produce desde México hasta la Patagonia.

Los mitos están. ¿Cuál es la literatura cuya fuente no se alimenta de ellos? Algunos coinciden con los de la mexicanidad. Otros son vástagos del destino de este pequeño país: ser camino de cruces y síntesis de la cultura humana. Poesía, ensayo, novela y cuentos ilustran con distintos colores y matices la creación literaria. Esta ponencia intenta extraerles unas pinceladas, con la paleta de un escritor representativo y un cuento como testimonio, en auxilio de la cual, como fuerza impulsora, hay rasgos de sociología de la literatura, definiciones de palabras clave como mito y prostitución, amén de diversos conceptos utilizados para nombrarla y algunos mitos que de ella se derivan. Dejó constancia de que al vislumbrar el mito ha sido de mi simpatía la definición de Barthes y que la opinión del mismo escritor Rivera, de quien me ocupo en este trabajo, ha sido decisiva.

Una idea bien dispuesta en la mente motiva este trabajo: fortalecer las relaciones que nos permitan atenuar las iniquidades en el reconocimiento de los bienes culturales.

## Palabras preliminares

1046

El ejercicio profesional me hace estar frente a públicos en diversas ocasiones, además, porque vivo en una comunidad pequeña donde a los moradores corresponde asumir compromisos en todo cuanto proponga activar la cultura. Así, discursos, conferencias, ponencias en congresos nacionales e internacionales, veladas, exposiciones y varios etcéteras, para bien o para mal, han escuchado mi voz. No obstante, una experiencia como la de este momento, anhelada y soñada, resulta incomparable. Retornar al recinto universitario por donde anduve casi tres años cuando vine a esta España querida, atraída por el imán de los estudios doctorales, es un obsequio de la vida y ha de quedar para siempre entre mis más caros recuerdos.

Jamás he borrado de mi mente a mis profesores: Marina Mayoral, Vicente González Loscertales, Benito Varela Jácome (mi director de tesis) y a la muy querida Juana Martínez Gómez, amiga-hermana como la valoran mis sentimientos. Estén o no ya con nosotros, D. Luis Sáinz de Medrano, D. Pedro Peira, D. José Simón Díaz, aquellos distinguidos catedráticos integrantes del tribunal que juzgó mi tesis doctoral, relacionada con tres novelas panameñas, para ellos, mi agradecimiento

Quizás he llegado hasta aquí, a esta Universidad de puertas abiertas, sobre el eco de mi voz repleta de sentimiento patriótico, para con esa pequeña ese recostada entre el mar Caribe y el mar del Sur, centro de las Américas y puente del mundo. Hablo de Panamá y traigo mi punto de vista acerca de una literatura marginal e ignorada, de la que he seleccionado a una figura altamente reconocida en nuestro medio: Pedro Rivera, cuentista, ensayista, poeta, cineasta, inteligente y audaz, dueño de un acervo cultural convertido en textos, por los que en varias ocasiones ha sido galardonado en concursos literarios de valía, entre ellos, el premio nacional de literatura Ricardo Miró, máxima presea creada mediante Decreto Ley N° 27, de 4 de agosto de 1946, dedicada a enaltecer la producción literaria de los panameños. Recientemente, el poeta Rivera fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de Panamá, la mayor dotación honorífica que esta institución dedica a personas especiales, en momentos especiales, porque así lo ha demostrado su andar.

---

<sup>1</sup> Dalia Peña Trujillo. Catedrática de Lengua y Literatura. Universidad de Panamá

## Introducción

El tema que ofreceré se cobija bajo un pretencioso título porque insinúa vastas indagaciones: “Para una historia comparada de las literaturas de América”. Será iluminado con linternas panameñas, aunque interpolando, claro está, por aquello de la unidad con las ponencias de esta mesa que trata el tema: Mitos de lo mexicano en la cuentística de los años cincuenta, aquellos que nos son familiares. Solicito que mis palabras refresquen en vuestra memoria el discurso de Estocolmo en 1982, cuando el Nobel hispanoamericano, tal vez con el pensamiento bien puesto en la autonomía del continente mestizo, invitó a leer y a pensar nuestra literatura en el contexto donde se produce, por lo que conviene auscultar la realidad de Panamá, en relación con el resto de Centroamérica que, en apretado resumen escrito por Héctor Pérez Brignoli (1990: 21-27), da el siguiente diagnóstico:

- Su geografía se aparta del esquema que en el mapa muestra “una imponente cadena de volcanes”.
- La unidad cultural prehispánica iba desde México, hasta Costa Rica
- Zona más angosta, lugar de tránsito tuvo un destino divergente y solitario, por lo que su historia y su vida hay que mirarla desde el descubrimiento del Mar del Sur.

¿En qué somos iguales a los istmos de América Central? Orientados por Brignoli, en lo siguiente:

- Alcanzar urbanización e industrialización tardía en comparación con el resto de América Latina
- Ser integrantes de una zona marginal
- Poseer limitados recursos económicos

La literatura panameña está marcada por estas verdades, desde cuando el istmo emergió del fondo de las aguas hace más de tres millones de años. Su historia, de pasajeros en tránsito, la ha decorado con adornos de diferentes culturas, acentuado esto con mayor fuerza cuando la construcción del Canal, pues la afluencia fue de tal magnitud que el poeta Ricardo Miró (*Las noches de Babel*, 1913) dio en llamarla “la moderna Babel Interoceánica.”

La condición de Panamá confirma la idiosincrasia del pueblo y ha creado mitos fuera de los límites territoriales del istmo, como el creer que todos tenemos una economía solvente hecha de dólares, que el Canal es la fuente de esas riquezas, que todos los panameños hablamos inglés y hemos heredado, de quienes construyeron el Canal, su idioma con modismos, identidad y todo, como si nosotros no quisiéramos raptarle a Neruda su capacidad para exclamar: “...¡Qué buen idioma el mío...las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes...Se llevaron el oro y nos trajeron el oro...Se lo llevaron todo y nos dejaron todo...Nos dejaron las palabras.” (*Confieso que he vivido*, 1974: 74). Existe un hecho que soporta todas las pruebas: Panamá, como la gran mayoría de los países de nuestra América, entró a la historia del mundo occidental con la llegada de los europeos, fundamentalmente, los españoles. De España heredamos la lengua. En Panamá aprendimos a pensar en español.

Esto es parte de nuestra historia, pero el tiempo trajo más. En ese devenir, hemos de aceptar que la hojarasca verde soplada desde Washington, a raíz de la construcción de la vía acuática, generó el mito del dólar, dolores de cabeza sin analgésicos al alcance de la mano e incrementó la existencia de cabarets y sitios para la diversión como informa la novela *Pueblos Perdidos*: “...le repugnaban las que hacían negocio de su cuerpo en los lupanares de Aspinwall, saturados de aventureras de distintas procedencias que habían invadido la plaza en busca de lucro” (Gil Blas Tejeira, 1962: 21). Lugares progenitores de conductas que han alimentado la literatura con páginas como *Loma ardiente y vestida de sol* (1986), novela del panameño Rafael Pernet y Morales, en cierto modo emparentada con el gusto narrativo de José Emilio Pacheco en *Las batallas en el desierto* (1981). A ello se adicionan significativos discursos narrativos en la pluma de Pedro Rivera, uno de los cuales, centro de esta ponencia, alude al llamado oficio más antiguo del mundo hilo conductor del cuento “Peccata minuta” (1970) que daré a conocer, no sin antes detenerme en el comentario que a la letra dice:

“La afluencia de población extranjera, desde el descubrimiento del Mar del Sur, pasando por las ferias de Portobelo, la construcción del ferrocarril y el Canal Interoceánico, además del hecho de que nuestra economía es primordialmente de servicio, donde entra en escenario el dólar,...ha cimentado esa condición social que es la trata de personas” (Marcelino Aguilar Aizprúa, 2012)

Tal vez, no me aventuro al afirmarlo, mencionar a Pedro Rivera equivale a descorrer el velo tendido sobre el rostro de un escritor no considerado en los catálogos de los más leídos fuera de Panamá, como sucede con casi todos los literatos de mi país. Parece contradictorio si, en congresos y reuniones, ha pisado el mismo suelo y respirado el mismo aire donde han estado grandes de América, confirmado recientemente por él gracias a la vía electrónica (21 de septiembre de 2012) : “Yo tengo o tuve amistad con Efraín Huertas, Fernández Retamar, Benedetti, Sergio Ramírez, Manuel Scorza, Poli Délano, Ernesto Cardenal y García Márquez, compañero en la Fundación de Cine Latinoamericano y Caribeño que el autor de Cien años de soledad preside. Pienso, entonces, que es innecesario colocar una lupa sobre el nombre del escritor para hacerlo visible. El asunto no es personal. Pedro es panameño y la literatura panameña, por razones difíciles de explicar suficientemente, es marginal. La marginalidad de la literatura

panameña permanece tomada de la mano a causas como política editorial, distribución, el abrirse un puesto en el mercado y la suerte. La actividad editorial es un riesgo. En Panamá funcionan dos editoriales, a lo sumo tres, con carta de naturaleza panameña. Las otras son colombianas o españolas y no desarrollan una política editorial, corroborado así en la feria del libro celebrada el pasado mes de agosto de 2012. Penosa realidad de la que tengo varias anécdotas muy vivas en mi memoria. Los escritores, sin embargo, no se arredran y siguen produciendo, la mayoría de las veces, para no tener lectores y decirle a Sartre: no te equivocaste, porque "...El objeto literario es un trompo extraño que solo existe en movimiento. Para que surja hace falta un acto concreto que se denomina lectura" ( J P. Sartre, 1981:69)

El mercado de libros panameños fuera de Panamá es casi nulo. ¿América Latina sabe de nuestra producción literaria? ¿Hay puentes o por el contrario tropezamos con barreras? Sinceramente, pienso que nuestra autonomía participa más del escenario local que del continental y que nuestros escritores, solo con calabazas convertidas en carruajes y ratones en lacayos, tienen opción para vestirse y asistir a la fiesta.

Encuentros como este acuden a mitigar esos bolsones de silencio donde estamos atrapados, colaboran con las culturas regionales y se erigen en un intento por comprendernos. Del entendimiento entre los pueblos se trata, pues al conocer las conductas humanas propias de los hombres y mujeres protagonistas de las historias narradas, entraremos en las esferas donde es dable el hallazgo de soluciones a los problemas.

### Metodología

Localizar, a partir de un marco teórico cómo validar el conjunto de observaciones en la obra sometida a estudio, tendría que contar con el magisterio de Claude Levi Strauss. Sin embargo no iré hacia su obra, sino a otros textos donde el término figura comprometido con la Sociología de la Literatura, por el hecho de que los mitos brotan de las entrañas del pueblo. Ante todo, valorando las palabras de Juan Ignacio Ferreras quien calibra esta ciencia, por su dedicación a la producción literaria desde su fase embrionaria, cómo está hecha, el mundo referencial que le presta los modelos y los niveles de conciencia, sin apartarse del criterio de las mentalidades que la comprenden y explican (1980:31).

No desestimo a Barthes y por eso, camino a su pensamiento, sitúo la obra literaria como un acto de comunicación entre el autor, la obra y la sociedad y en virtud de que en "El mito hoy" (1999:18) se dice que el mito es un acto de habla, al colocar las observaciones de este trabajo en el citado ámbito, hago valer el hecho de que Pedro Rivera no es inaccesible y con él he mantenido conversaciones con respecto al cuento materia de esta presentación, por aquello de los mitos que dan sustancia al discurso narrado. Y como el mito se sazona con variadas fórmulas, traigo a colación lo que el término sugiere al cuentista panameño, quien el plegable *Temas de nuestra América*, cuya publicación dirige desde 1981, en el ensayo "El síndrome de Drácula" (1993), expresó: Drácula existe aunque no exista, pues su condición de personaje mitológico lo convierte en real porque así lo desea la imaginación y porque "el mito se sustenta en las vivencias cotidianas". Pedro no trata de asentar una teoría acerca del concepto, pero la autenticidad de su enunciado, sin rodeos ni aproximaciones, nos deja en posesión de un pensamiento apto para completar el cuadro, pues sugiere que el mito sea visto no como sinónimo de fantasía, sino como una manera de ver la vida en los esquemas mentales del hombre y en su choque con la realidad.

En Panamá, país de muchos contrastes, es un mito ser panameño. Existe el Panamá de tránsito, el Panamá profundo, el Panamá del Atlántico, el Panamá indígena y el Panamá mestizo. A esto adiciono, con una cita tomada de *Panamá en el mundo*: "Los panameños no se sienten homogéneamente centroamericanos, suramericanos, norteamericanos o caribeños. Las razones de ese desarraigo "son diversas y complejas: geográficas, históricas, económicas, políticas" (Pedro Rivera, 1997:6). Al arribo de los españoles, previo a la colonización emprendida tras el descubrimiento, en Panamá estaban los grupos originarios. Los negros africanos también se incorporaron al paisaje. Panamá, por su configuración geográfica, facilitó el trasiego de personas, mercaderías e ideas a la población residente recién llegada y aceleradamente mestizada. Los españoles que colonizaron los territorios sureños del Pacífico, posiblemente desde Nicaragua hasta Chile, armaron sus expediciones en Panamá.

Pizarro y Almagro colonizaron los países del Altiplano; Pedro de Valdivia, Chile. Los tres estuvieron a las órdenes de Vasco Núñez de Balboa. Rodrigo de Bastidas, quien avistó Panamá primero que el Almirante, colonizó el Valle del Cauca colombiano. Lo que quiere decir es que, a partir de la llegada de los españoles al Istmo, las migraciones no cesaron en ningún momento. Llegaron oleadas sucesivas a lo largo de cuatro siglos de todas partes del mundo. Hubo un tiempo en que así como llegaban se iban: estadounidenses, árabes, judíos, chinos, filipinos, ingleses, alemanes, italianos, franceses, hindúes, japoneses, escandinavos, finlandeses y, por supuesto, de otros países de América y, aunque parezca hiperbólico, de todos los puntos del planeta. Resultado: Panamá es un escenario taxonómico de singularidad especial. Eso se refleja en la enmarañada idiosincrasia de la población la cual, como los genes, se mixtura y peca en algunos casos de ambigüedad, en relación con los valores, la institucionalidad, los hábitos, las costumbres y la idea que se tiene acerca de la identidad nacional. No es que no haya una identidad. La identidad de los panameños es la construcción de la identidad, un proceso que no termina y se hace cada vez más complejo por la intervención de factores disociadores ligados a lo que ocurre en el resto del mundo. De ahí deriva el juicio de que en

Panamá el efecto mariposa sí se siente: Un mosquito vuela en Singapur y se desata entre nosotros una epidemia de malaria; pero esto no debe asombrarnos, a pesar del tono con que se dice si ya en 1923, en notas al lector incluidas en su novela *Niñez de Balboa* (1959), Octavio Méndez Pereira escribió: “La experiencia me ha enseñado que la verdad sola, lo maravilloso real, es más maravilloso que las maravillas imaginarias”

Los mexicanos, por el contrario, lo ven en el título de esta mesa, están autorizados por sus propias vivencias a identificar los mitos de la mexicanidad claramente incorporados a la literatura. Estudiar esos mitos y conocerlos, enriquece tanto, como lo autorizan las creaciones literarias de México y como lo captamos en la diversidad cultural latinoamericana donde el pensamiento mítico es inagotable.

Habéis escuchado a Silvia Quezada (*Mitos de la mexicanidad en Chac Mool*, 2012). Ella cita varios, aunque seleccionó tres para su ponencia: la inclinación hacia la fiesta, el ritual y la superstición. Panamá dispone de los mismos, pero a la panameña. Son cuantiosos los conocidos acerca de la muerte, mas no con el aire festivo del pueblo mexicano, como en “Chac Mool”: ocultar al muerto para que siga la fiesta. En cambio, el sentido de la muerte en Panamá tiene una vecindad más clara, con el tono de despedida de “No se asombre sargento”, hábilmente narrado por Eraclio Zepeda (2005). La inclinación hacia las fiestas nos corre a los panameños por las venas y parece ser inherente a la condición Caribe que históricamente nos han atribuido. Un buen ejemplo de ello nos lo da el literato Carlos Francisco Changmarín en “El cuento del baile de las mariposas” (1987,49) modelo de este género escrito en versos libres, en pleno siglo XX. El machismo, a veces como Arreola lo pinta en “Pueblerina” (2008) o de acuerdo al tratamiento dado a la mujer, en el sentido del realismo crítico utilizado por Pedro Rivera, en el caso de aquellas entregadas a la industria del sexo, en torno a lo cual se han desencadenado plurales mitos que resisten, sin apabullarse, una dosis de desmitificación. La superstición, propia del pensamiento mítico, casi satura nuestras tradiciones. También en estas tierras se cree en “la salazón” y corrientemente se escucha: ya me salaste, estoy salado, con el significado de mala suerte propio del léxico mexicano.

El cuento del literato panameño, por la estructura mítica planteada, conduce hacia varios senderos. Uno de ellos, íntimamente relacionado con la conducta humana, muestra situaciones de correspondencia con Leszek Kolakowski, quien tajantemente afirma: “el mundo de los valores es una realidad mítica” porque “el proyecto mítico no puede tener fundamentos. Posee solo motivos; por lo que “siempre levanto la voz para protestar contra situaciones que burlan la dignidad humana” (Madrid, 1990: 35, 40 y 63) En “Peccata minuta” de esto se trata; a pesar de que podrían ser decodificados dos o tres mitos, el cuento autoriza mayor peso de la balanza en aquellos que tienen como eje la dignidad y los valores, planteados abiertamente con el tema de la prostitución, sobradamente conocido en estas latitudes desde el mundo prehispánico e incrementado ferozmente durante la conquista, tal como lo narra “El burdel de las Pedrarias” (E. Salas y S. Ramírez, s. f.93), ensayo ricamente informativo para adentrarnos en un capítulo de la historia poco difundido.

### La vida como material mitológico

Antes de abordar de manera directa el tema, es bueno aclarar la pesquisa de referentes en torno al mismo y acerca de la conciencia mítica del panameño. No ha sido fácil ni siquiera en el horizonte de enfoques diversos como: mito e historia, mito e ideología, mito y etnología. Apenas ha sido localizado un libro publicado por el Instituto Nacional de cultura en 1976, cuyas páginas informan acerca de entidades míticas del ambiente rural, casi las mismas de los sectores urbanos, en este pequeño país de tres millones de habitantes. Entidades míticas fantasmales de duendes, representaciones de Satán y, en fin, brujas de diversas categorías y nombres (llorona, tulvieja, vieja de monte, tepesa, cilampa). Estos seres del más allá no son los fantasmas del cuento de Pedro Rivera; los del cuento son más bultos que cuerpo por la carencia de humanidad y asustan, claro que asustan, pero por su desaliñada conducta.

“Peccata minuta” es un cuento breve. Aparece publicado en libro de formato pequeño en 1970 y le da el título a la colección de trece cuentos que el libro contiene. El texto narrativo en cuestión, ya con cinco ediciones, es Premio Nacional del concurso Ricardo Miró en el año 1969. Pedro Rivera era, por aquellos años, un escritor joven cuyos pinitos en el quehacer literario datan de los años de su educación media, época en la que se inició como dirigente estudiantil en las filas de la Federación de Estudiantes de Panamá. Esto es importante, pues el escritor jamás se ha apartado de las líneas donde está la gente que cree en las reivindicaciones sociales y por ellas lucha. Sus ensayos, por ejemplo, no deben pasar inadvertidos, pues revelan la pluma de un escritor que, sin vacilaciones, ocupa su pensamiento en los compromisos de la condición humana.

El cuento, con esa visión de la realidad que parte del interior del hombre, proyecta las metas de un narrador cuasi omnisciente que intenta conocer hasta la vida interior del protagonismo y depositar en manos de los lectores, con frases como: La vecindad intuyó, los vecinos un poco frustrados, cruzaron miradas significativas, sentenció maliciosamente, se mostró generoso, sabía muy bien, la hizo sentirse superior, una llave de ingreso a la historia para tomar decisiones y ser el definidor personal de los hechos. Son los lectores quienes darán al cuento el final que sus principios les dictan: ¿Maldad, venganza, lección porque los golpes enseñan? En estas circunstancias, la historia narrada se convierte en una metáfora, no lírica porque el hecho no es bello, pero sí emotiva porque el mensaje sugiere estados anímicos más allá de lo que nombran las palabras.

Once párrafos y un brevísimo diálogo ofrecen a los lectores suficientes elementos para comprender que “*la Chana*”, una prostituta clandestina, llegó a su escuálido dormitorio tras una noche callejera dedicada al oficio de “girare”, víctima del alcohol, “*porque esa noche prefirió alargar la parranda con un negro que pelaba gallinas en el Mercado Público*”. Como pudo, con el auxilio de unos malandrines del barrio, Chato, Mantecas y Culi, “*entró a su cuarto dando traspiés, mascullando entre dientes*”.

Con lo que no contaba la Chana era que en las turbias mentes de sus salvavidas no había renglones para escribir buenas acciones y que ellos habían calculado la forma de cobrar su vocación de bastones torcidos, explotando ese cuerpo maltratado por la pobreza, ajenos a que en semejante cuadrilátero constituido por “*un viejo camastro cubierto con sábanas mugrosas*”, en un encuentro pactado a tres asaltos, serían vencidos con un nocaut contundente, pues la Chana “*despegó los párpados, se limpió como pudo con la punta de las sábanas y trató de cambiar la posición de su cuerpo ya entumecido y acalambrado*” y, pese a la sordidez de su mundo:

“Pensó entonces en el hombre que había sido bueno con ella, el negro pelador de gallinas capaz de pasar sus manos agrietadas sobre sus mejillas y de decirle un piropo sano. Ella le pagó también con una buena moneda. Claro. No lo llevó al hotel para no enfermarle. No era justo después de todo” (Peccata minuta:35)

Entonces, en el coloquio autor-obra-lector, el lector está en condiciones de compartir autoría y hacer suyas las palabras pronunciadas por Culi con respecto a los turnos: “*Los últimos siempre serán los primeros*”. O, en el subconsciente de la Chana, aunque explícitamente el cuento no lo exprese, educar con una amarga experiencia, para el saber elegir entre el bien y el mal, opciones esenciales en todo campo axiológico.

El cuento Peccata minuta incorpora pocos vocablos que definan el habla peculiar de los cinturones marginales. Apenas un modismo, algunas malformaciones del registro vulgar y un diálogo que por su falta de decoro revela ambiente y educación.

En cuanto a los mitos, presentes están el machismo y muchos de los vinculados al mal vivir, del que circula por el mundo un catálogo para organizar un diccionario clasificado por región y épocas de la historia: ramera, licenciosa, puta, meretriz, mujer de la calle, yira, guayaba, hetaira, guaricha, zorra, buscona, bagre, cuatrera, cuero, guerrillera, Mariana soba, ratona, ... unas del registro panameño, otras de Hispanoamérica o del conocimiento más autorizado de la lengua por su popularidad entre los hablantes. Demasiado. Quizás es el único trabajo del que abundan más nombres. Un médico es un facultativo, un galeno, un doctor o, en la menos feliz de las estimaciones, un mata sanos; una profesora es una maestra, una enseñante, una educadora; un abogado es un letrado, un leguleyo y así, la nómina de profesiones y trabajos resiste amplitud sin que nadie sienta lesionada su dignidad.

1050

¿Cuánto se ha escrito acerca de este tema? Está en el índice de mis interrogantes. La literatura es profusa y solo a las páginas de Internet hay que dedicarles paciencia. Se presenta la conducta sexual como industria del sexo, esclavitud, ultraje para con la mujer, corrupción y en torno a ello, un amplio espectro de comentarios para llenar maletas, con la lista de valoraciones éticas, médicas, sociológicas, psicológicas y, en todo caso culturales, de las que se forman apreciaciones clasificadas como mitos.

Iré un poco lejos en mis arriesgadas alusiones y sin intentar siquiera establecer una relación dialéctica entre música y literatura que, después de todo, en la clasificación general de arte van en la misma casilla, acercaré mi discurso a la música popular, pues si indagamos, los años cincuenta inmortalizaron canciones como “Perdida” y “Amor de la calle” en las voces del trío Los Panchos allá en México. De México también, cantada por Vicente Fernández, Callejera. Conocida es en España “La bien pagá”; años atrás, Carlos Gardel había entonado el tango “Yira” y en época más reciente, Rubén Blades, “Buscando Guayaba” y “Pedro Navaja”.

Podría llevarme a peligrosos equívocos citar modelos sin haberlos documentado adecuadamente; pero al preparar esta ponencia, cuando mi memoria se pobló de recuerdos, de música y canciones, sin excluir la copla que es muy de mi gusto, evoqué “La Zarzamora”: “Lleva anillo de casado me vinieron a decir/pero ya lo había besado y era tarde para mí...”, copla en la reconozco una pequeñísima chispa narrativa que comienza *in media res* y que bien admitiría ajustarse a los postulados renacentistas contenidos en *Teoría y técnica del cuento*, según los cuales hasta los chistes y los refranes son clasificados como subdivisiones del género. (Anderson Imbert, 1979:19)

No quiero que mis digresiones dejen en el ambiente una concepción errónea de mi parte, acerca del cuento. Lo aconsejable es no omitir pareceres debidamente autorizados por la teoría literaria. Caer en ese juego equivaldría a una imprudencia y por eso traigo esta cita de “Tres ensayos sobre el cuento literario”, debida a Juan Bosch “:...en su sentido estricto, el cuento es el relato de un hecho, de uno solo, y ese hecho - que es el tema- tiene que ser importante, por sí mismo, no por la naturaleza de presentarlo” (Universidad de Costa Rica, 1985:171).

Dicen que las prostitutas no besan; en ello arriesgarían los sentimientos pues en esta entrega van más allá de lo que objetivamente es la cópula carnal. ¿Será esto uno de los mitos de la prostitución? ¿Tendría cabida una aseveración distinta? Hay quienes opinan que es imposible vender el cuerpo sin lastimar el alma. Entonces uno piensa: quién sabe cuántas nos llevan la delantera en el cielo porque en el fondo tienen un corazón de oro, patente en las mujeres de mala vida en la casa de doña Chon, quienes al percibir el olor del pequeño cadáver descompuesto en los brazos de

su madre, organizan el velorio con rezos, llantos y hasta una tierna nana entonada por la voz de una mujer perdida, pero capaz de expresar sentimientos humanos lo que, en el fondo, es una querrela contra el calificativo mítico: mujeres de mala vida. (*Señor Presidente*, 1969: 148-149)

La historia de la prostitución en Costa Rica hace énfasis en que esta opción de vida ha sido enfocada de muy diversas maneras en el transcurso del tiempo. Es interesante observar la pericia del investigador para hurgar en archivos de distintas épocas, sin opacar los años de la colonia ni las disposiciones dictadas por la corona española, en relación con el comercio del cuerpo, la mancebía y las casas públicas. *La tierra del pecado: entre la quimera y el anhelo* (2006) es el título del libro y alude a que: "...ante la tragedia del terremoto de Cartago en 1910, fueron las primeras en asistir a los heridos...a pesar del desprecio social nadie tuvo reparo en tomar el agua que las "mujercillas generosamente ofrecían". (De la novela *A ras del suelo*, citado en J.J. Marín Hernández, 2006: 105)

Tal vez el mito de pérdidas o el de mujeres de mala vida fue desmitificado en el siglo XVII, cuando Sor Juana Inés de la Cruz advirtió en sus Redondillas:

¿O cuál es más de culpar  
aunque cualquiera mal haga  
la que peca por la paga,  
o el que paga por pecar?

Dicen que la mayor degradación, en el comercio del sexo, lo ocupan las prostitutas clandestinas siempre más expuestas a contraer enfermedades. También se murmura que, en términos generales, la entrega a esa vida pervierte la sexualidad y esclaviza. Pues bien, en torno a estas aseveraciones formulé algunas interrogantes al autor de "Peccata minuta", lo cual considero altamente significativo, pues no siempre tenemos oportunidad de visitar un texto literario y que nos reciba su autor. Pedro Rivera explica:

"El paisaje de pobreza que me rodeó desde los primeros días de mi infancia determina el carácter de todos mis libros...En esos barrios la gente vive amontonada. No existen secretos, las prostitutas conviven con el resto de la gente con toda normalidad...La mujer del cuento ejercía su oficio en el viejo malecón de San Felipe, en las calles aledañas al Mercado Público...No son para nada gente triste y amargada...¿Causas? La pobreza, el talento y el placer..." (Pedro Rivera, correo electrónico, 12 de septiembre de 2012)

"Peccata minuta" humaniza a la prostituta en su actitud para con el negro y combate al mundo delincuencia, al presentar, en la sátira social propia de su estilo, a Chato, Culí y Manteca como los personeros del mal, cuya conducta acoge la descripción de un machismo que escuálidamente favorece la hombría de quienes podrían ser representantes del llamado sexo fuerte.

1051

La Chana, recordemos, regresó de sus labores nocturnas bastante descompuesta por los efectos del alcohol. Imposibilitada para estar en equilibrio dio contra el suelo, se convirtió en objeto de las risas porque "*trataba cómicamente de volver a una posición vertical*" y con dificultades... "*abandonó la escena gritando*"; pero la ebriedad no la incapacitaba para darse cuenta de lo que ocurría y si dejó a sus agresores abusar de ella a su antojo, fue porque, en su defensa asumió el silencio; dejar que la ultrajaran era el arma del desprecio.

Habrá algún simbolismo en los nombres? Creo que sí y que tienen acogida en la relación entre mito y signo. No son nombres del común y, por lo tanto, reveladores de lo que significa la dialéctica entre el destino individual y el destino colectivo. Son sobrenombres vulgares, ridículos, propios de los ambientes sórdidos como el teatro donde se desenvuelven los acontecimientos narrados. El artículo antepuesto al sobrenombre que tal vez es un hipocorístico - la Chana- lleva, en el habla del panameño, una carga semántica reveladora del sentido totalmente despectivo utilizado para nombrarla.

Hay en el cuento indicios que facilitan conocer el escenario y a los personajes. La historia comienza con la llegada de la Chana al barrio de miseria, "*de aguas negras y agusanadas*". No sabemos los motivos por los cuales eligió esa vida. No sabemos si tiene familia o cuáles son sus antecedentes familiares, su procedencia, como las pirujas en "Es que somos muy pobres" (Juan Rulfo, 1953:147-148). Tampoco disponemos de datos acerca de la cultura del burdel porque Chana es una prostituta callejera. La suya es la biografía de una persona sin historia y por eso es simplemente la Chana, símbolo de cualquier mujer cuyas ilusiones y dignidad han sido mutiladas por la misma sociedad que engendró el vicio y esa forma de vivir. Nos enteramos de que no es joven ni bella y de que la pobreza meció su cuna "... desde el bendito día del santo nacimiento..." -indica el narrador-.

Dicho todo de otro modo, la degradación física y espiritual, de la que esta mujer es apenas una voz clamando en el desierto, se comprueba cuando "...La vecindad intuyó el móvil de una buena fiesta matutina y, luego, luego, sin que mediaran acuerdos previos formó grupos compactos, manojos de risas y cuchicheos..."

"Peccata Minuta" no trata un tema nuevo. El asunto es antiguo y siempre expuesto a través de la historia. Respecto a Hispanoamérica, bien enterada está Rocío Oviedo Pérez de Tudela, quien demuestra haber leído casi todo el material narrativo relacionado con el mismo, llámese cuento o novela y conocerlo con pulcritud (Asedios al cuerpo s. f). Lo que es propio en el cuento de Pedro Rivera son las actitudes estéticas por un lado y, por el otro, las razones

inmediatas con las cuales, insisto, proliferó la conducta de lupanares o la prostitución clandestina en Panamá, por obra y gracia de la geografía istmeña y de la vía acuática que acortó la distancia entre las masas continentales, como también los mitos que han rodeado esta forma de trabajo.

¿Nos percatamos acaso de, cómo es la Chana físicamente? ¿Qué grupo humano está representado en su figura? Tal vez el autor ha querido, por parte de sus lectores, el reconocimiento de una realidad: No es fácil definir al panameño típico. El mestizaje de Panamá, a lo largo y ancho del territorio, debido a la marea humana arrastrada por los mares, muchas veces ha demostrado que hijos formados y nacidos en la misma gestación (mellizos) ni siquiera parecen hermanos.

Pedro Rivera es buen descriptor de ambientes urbanos, en los que enfoca lo humano, pero no centrado en lo individual. Por eso se ignora cuáles son las causas del desgaste físico y moral de Chana. Nadie, al parecer, lamenta lo que sus ojos ven, al contrario, hay risas y maledicencias. En la memoria no habitan los recuerdos de días mejores ni de sus malos ratos, sus angustias, sus lágrimas y sus soledades. De ahí que el tiempo, el pasado y el futuro sean una sombra. Se aprecia sí, por su comportamiento con el negro, que en el alma humana, a pesar del pecado, perviven rescucios puros. Este es el único indicio y por qué no, de la habilidad del juego narrativo: hablarle al lector sin usar las palabras. Se colige, en consecuencia, que entre los mitos vinculados a la prostitución están los siguientes: la ciudad como fuente de bienestar, la ciudad como símbolo de ascenso económico, la prostitución como un trabajo rentable.

Surgen algunas conjeturas: ¿Discursos narrativos como el de “Peccata minuta” estimulan un viaje a la lectura por el placer que ella brinda? Posiblemente no, pero sí pueden, en atención a otra categoría de la belleza, ser útiles para humanizar y evitar que muchas caperucitas se espongan a los colmillos de voraces lobos.

Se me ocurre una idea peregrina: ¿Qué bueno sería incorporar a los símbolos de la patria las penas y alegrías de su gente como leemos en “Chac Mool” y *Las batallas en el desierto*, dos obras extraordinarias para apreciar la lluvia cultural de un pueblo y la imagen que de sí misma tiene la sociedad que lo forma. ¿Será utópico pensar de esta manera? “Arar nunca es en vano, ni en el mar”-Siempre se ha dicho.-Por eso, en *Arar en el mar* Pedro Rivera (2000), al desarrollar una teoría de la patria, de la cultura y de la identidad, afirma: “Nación e identidad tienen un propósito inmediato: preservar la vida, nuestras vidas actuales.”

Soñamos con una tierra donde la prevalencia del bien individual sobre el bien común no sea una norma. De estas ilusiones se hace eco la literatura. Los textos toman la voz, salen a recorrer las calles y, a menudo, se entrecruzan con los mitos. De esto dan cuenta Fuentes, Pacheco y Rivera; pero ¿qué cosas, además de los mitos unen a Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco y Pedro Rivera?; Carlos Fuentes, por azarosas circunstancias nació en Panamá, en 1928. José Emilio y Pedro vieron la luz del mundo en 1939. El nacimiento en Panamá no dejó, tal vez, ningún rastro en Fuentes. Quizás si tuviera cédula de identidad panameña hubiera sido 8, por la provincia de Panamá donde lanzó su primer lloro. En cuanto a los dos contemporáneos, hay en ellos, de eso estoy segura, lo que el tiempo y sus obras sellan en las estructuras mentales: la historia del mundo y sus avatares de guerras, revoluciones, modas, economía, producción de bienes de consumo, educación, música, creencias: Fin de la segunda guerra mundial, triunfo de la revolución cubana, inicio de la guerra fría, Pontificado de Juan XXIII, Guerra de Corea, Vietnam, todo lo que a la postre, se constituye en el sello característico de las reflexiones y el estilo en un escritor.

La literatura del pasado siglo trajo el “Boom” e Hispanoamérica fue como una poderosa explosión en las letras, con autores y obras que han transportado en las valijas del Atlántico, para las alegrías latinoamericanas, el Premio Cervantes, el premio Príncipe de Asturias y El Nobel. Son nuestro orgullo y nunca terminaremos de celebrarlo. Ojalá, el ingreso de Panamá a los coros que cantan los himnos de la victoria pasen debajo los arcos triunfales.

## Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique (1979) *Teoría y técnica del cuento*, Edic. Marymar, Buenos Aires
- Arreola, Juan José (2008) “Pueblerina”, *Confabulario definitivo*, Letras Hispánicas, Madrid
- Asturias, Miguel Ángel (1969) *El señor Presidente* Edit. Losada, S. A. Buenos Aires
- Barthes, Roland (1999) “ El mito hoy”, *Mitologías*, Siglo XXI, México
- Blanco Aguinaga, Carlos (1975) *De mitólogos y novelistas*, Edic. Turner, Madrid
- Bosch, Juan (1985) “Tres ensayos sobre el cuento” *Lenguaje literatura y sociedad*, Edit. Nueva Década, Costa Rica
- Changmarín, Carlos Francisco (1987) “El cuento del baile de las mariposas” *Las tonadas y los cuentos de la cigarra*, 49-52 EDIC. ENE. Panamá
- De la Guardia, Roberto (1976) *Mitología panameña*, INAC, Panamá
- Falcón Martínez, Constantino y otros (1985) *Diccionario de mitología clásica*, Alianza Editorial, Madrid

- Ferreras, Juan Ignacio (1980) *Fundamentos de sociología de la literatura*, Edic. Cátedra, Madrid
- Hernández, Juan José (2006) *La tierra del pecado, entre la quimera y el anhelo: Historia de la prostitución en Costa Rica, 1750-2005*, Librería Alma Mater, Costa Rica
- Méndez Pereira, Octavio (1959), *Núñez de Balboa*, Editora Espasa Calpe, Buenos Aires
- Neruda, Pablo (1974) *Confieso que he vivido*, Losada, Décima Edición, Buenos Aires
- Kolakowski, Leszek (1972) *La presencia del mito*, Cátedra Madrid
- Oviedo Pérez de Tudela, Rocío *Asedios Al Cuerpo: Introducccón A La Narrativa Del Burdel*. URL: <http://www.rociooviedo.com/articulos/asediosal cuerpo.pdf>
- Pacheco, José Emilio (1981) *Las batallas en el desierto*, Edic. Era México
- Pernet y Morales, Rafael (1986) *Loma ardiente y vestida de sol*, Manfer S.A.
- Pérez Brignoli, Pedro (1990) *Breve historia de Centroamérica*, Alianza Editorial
- Rulfo, Juan (1953) *Pedro Páramo y El llano en llamas*, Edit. Planeta, Barcelona
- Rivera, Pedro (1969) *Peccata minuta* (Panamá)
- *Panamá en América* (1997), Poligráfica S.A. Panamá
- Arar en el mar* (2000), Editorial Formato 16, Panamá
- Salas, Edwin y Ramírez Seley, “El burdel de las Pedrarias”, *Identidad centroamericana*, COFAHCA, Universidad de Panamá, Panamá
- Sartre, Jean Paul (1981) *¿Qué es la literatura?* Edit. Losada S.A., Buenos Aires
- Tapia Lu, Octavio (2004) “El Canal de Panamá y el proceso de identidad nacional”.  
*Panamá: cien años de república*, Panamá, 18-27
- Tejeira, Gil Blas (1962) *Pueblos perdidos*, Panamá
- Varela Jácome, Benito et al., (1978) *Nuevas técnicas de análisis de textos*, Edit. Bruño, Madrid
- Zepeda; Eraclio (2005) “No se asombre sargento”, *Benzebul*, Fondo de Cultura Económica, México